



CAPITULO V

ITALIA

La Toscana.—Los Estados de la Iglesia.—Condición exterior é interior de la Iglesia católica romana antes y por el año 1814.—Cambios en favor de la jerarquía romana.—Primera actividad de la corte de Roma.—Dificultades y resistencias.—Los concordatos con las potencias católicas.—Francia: Baviera.—Negociaciones con los Estados protestantes.—Prusia.—La provincia eclesiástica del alto Rhin.—Ojeada retrospectiva.—La restauración en los Estados de la Iglesia.—Acción contraria de Consalvi.—Resistencia opuesta por el clero á las reformas judiciales de Consalvi.—Sus consecuencias.—Resistencia opuesta por el clero á la administración de Consalvi.—El reino de Cerdeña.—Reacción de la nobleza del Piemonte.—Movimiento en sentido contrario.—El reino de las dos Sicilias.—Ojeada retrospectiva por Sicilia.—Primeras cuestiones entre el gobierno y el Parlamento: 1810-1811.—La intervención de Lord Bentick.—La corte ante la liga constitucional de los borbones franceses: 1814.—La corte ante el absolutismo austriaco.—Actitud de Inglaterra.—Restauración borbónica en Nápoles.—El ejército.—El brigandaje.—Los Carbonarios.—Guillermo Pepe.

Si en Alemania se pudo pasar del estado de cosas creado por el Imperio, ó sostenido por el Imperio, ó fomentado por el Imperio, sin sacudidas violentas ni escándalos, á un nuevo estado de cosas, es porque las innovaciones, las novedades eran sólo superficiales, no habían llegado al seno de la nación que había continuado aferrada al antiguo orden de cosas, y si esto fué así por Alemania, todavía la situación esta era más fuerte en Austria, en donde el Imperio sólo había podido hacerse sentir sobre algunas provincias limítrofes y no sobre el corazón de la nación. Pero en Italia el cambio era violento. La nación, Italia entera se había sentido reanimada por el espíritu reformador y revolucionario, así no podía ahora ver sin horror la vuelta á las instituciones y costumbres de la Edad media.

Para Toscana la cosa era diferente. Este Estado al estallar la Revolución era uno de los más liberales y progresivos de Italia, y en Toscana los france-

ses no tuvieron que hacer esas grandes justicias que en general hicieron por todas partes, esto es, no tuvieron que restablecer la igualdad civil, aboliendo las instituciones y costumbres feudales. Por esto, si fué posible establecer el nuevo regimen por el espíritu ilustrado de su pueblo y de sus hombres de gobierno, y sobre todo sin venganzas, ahora la restauración pudo hacerse de igual manera, contrastando vivamente con lo que había sucedido en los demás Estados italianos.

Si los franceses no dejaban amigos en Toscana, los austriacos tampoco los habían dejado antes, y ahora estos se encontraban con que el país continuaba siendo tan indiferente como antes al resto de Italia, pero aún durante la dominación francesa la Toscana no se interesó nunca por las cosas de los otros Estados italianos, de modo que el partido nacional no existía. Esto se debía á que en Toscana la nobleza era burguesa, y el clero era pacífico y

tolerante. Así cuando el duque Fernando regresó á sus Estados no tuvo que violentarse por hacerse preceder por la amnistía plena que dió en favor de cuantos habían tomado parte en los gobiernos anteriores.

Fossombroni á quien tocó restaurar el gobierno del archiduque Fernando III, era un hombre del siglo pasado. Un hombre elegante, vividor, cortesano, enemigo de toda clase de agitaciones y de novedades, que no podía sufrir nada de lo que se había hecho durante la Revolución porque todo le parecía de mal tono, pero sin querer sustituirlo con nada nuevo porque era incómodo meterse en novedades. Así lo que el quería á toda costa era paz, quietud y buena vida, y á estas condiciones dejaba que todo el mundo se gobernase á su guisa; pero tuvo el mal acuerdo de someter el país á una policía severa, encargada de no permitir estralimitaciones ruidosas y esto y el menosprecio que hacía de los hombres de progreso á quienes llamaba doctorcillos, hizo que la Toscana se sintiera oprimida, sin que su gobierno pensara ser opresor. Porque Fossombroni lo mismo trataba los asuntos interiores que los exteriores. Cuando todos los Estados italianos se doblegan ante las exigencias de Austria, es siempre la Toscana la que disiente, resiste y vence, logrando en todas ocasiones, lo mismo en los días difíciles de 1816 que en los de 1830, conservar completa la acción de Toscana, y esto porque sabía que todo contacto íntimo con Austria había de producirle compromisos que habían de alterar su tranquilidad.

Y tan cierto es que Fossombroni no quería ser opresor, que cuando en todas partes se imponían severísimas restricciones á la imprenta, á la prensa lo mismo que á los libros, Toscana fué siempre un país abierto á la prensa y á toda clase de publicaciones, siendo esto naturalmente la causa de que los toscanos se pusieran al frente de los italianos todos por su ilustración y cultura.

Este oasis liberal en un país cuyas instituciones eran francamente absolutistas, era por toda Italia considerado como un asilo contra el despotismo de los gobiernos de los otros Estados italianos. Por esto no fué en Toscana la escuela romántica la fautora de la reacción. Clásicos y románticos en lo que rivalizaban era en demostrar más patriotismo y más sentido práctico en la política.

«Muchos son los que aún recuerdan el gran gabinete de lectura de Vieusseux en Florencia, que fué autorizado en 1819, mucho antes de que se hubiese creado nada análogo en Viena. En 1821 salió de

dicho establecimiento la *Antología*, que se convirtió en centro del movimiento intelectual en Toscana de donde continuó obrando sobre toda Italia. Veíanse en ella reunidas las tendencias intelectuales más diferentes, pero todos los que á ella pertenecían, perseguían un mismo fin, el bien público. Los refugiados que tuvieron que expatriarse, después de 1820, de Nápoles y de Lombardía, tales como Montani, Pepe, Poerio, Colleta y Giordani, estaban reunidos en esta sociedad y encontraban su centro de unión en Gino Capponi, hombre generoso y á cuyo nombre iban unidos desde hacía mucho tiempo la veneración y el respeto. Su buen sentido práctico exigía la estima hasta de los hombres de los partidos extremos absorbidos en sus utopías. Bajo este aspecto se parecía á Stein, que desplegaba la misma actividad en Alemania; Capponi daba á todos lados, en literatura como en política, á sus compatriotas, el ejemplo de una acción liberal sin presunción, de un gran saber sin un brillo estéril, de investigaciones y esfuerzos de una variedad y profundidad muy grandes, sin perseguir ideas aventuradas.

»En oposición completa con la vida que se llevaba en Florencia, en donde se sentía uno empero un poco estrecho, en Roma el poder del Papa se encontraba en una condición bien diferente. Si en la primera de esas dos ciudades, era la existencia modesta y se buscaban los atractivos de la vida doméstica, en Roma se veía á la corte papal elevar las más exageradas pretensiones desde el momento mismo de su restauración. El poder universal de la jerarquía, saliendo como de la nada, mostró de golpe, en el antiguo centro de su autoridad, todas sus antiguas pretensiones y toda su antigua actividad que abrazaba el Universo entero, mientras que la condición interior del Estado que, bajo la dominación extranjera, había principiado á tomar una forma tolerable, volvía á caer bien pronto, bajo la dominación de los curas, en la espantosa miseria á que se había acostumbrado desde mucho antes y de lo que se encuentran pocos ejemplos en los países cristianos. Es del mayor interés para nosotros examinar, al lado del Estado modelo secular, realizando los principios del estabilismo de Gentz, el estado ideal de la jerarquía de De Maistre y de aquellos que compartían sus opiniones.»

Nada más difícil de prever que el cambio que se hizo en favor del papado y de la jerarquía romana á raíz mismo de su restauración. Unidos los Estados romanos á Francia, resignado el mismo Papa á su suerte, todo parecía como que había acabado, pues ni sus antiguos súbditos suspiraban por él, ni

los modernos romanos lo deseaban, ni los gobiernos europeos se preocupaban de sus intereses.

Roma privada de las rentas que le constituía la cristiandad entera, había pasado de capital del mundo católico al rango de capital de provincia. «Los principados eclesiásticos de Alemania, que habían formado un territorio poblado por más de tres millones de almas, habían sido abolidos y dis-tribuidos, en su mayor parte, entre príncipes protestantes. En cuanto á su condición exterior é interior, la Iglesia católica estaba en todas partes en la ruina más profunda.

»En la muy ortodoxa España, la guerra y las insurrecciones lo habían puesto todo al revés; en todos los otros países latinos, habían los franceses, de una manera terrible, hecho tabla rasa de los conventos, capítulos y órdenes religiosas. En donde quiera que hubieran penetrado las ideas ó la fuerza de la Revolución, se habían confiscado y alienado los bienes de la Iglesia, ó se les había reunido á las propiedades del Estado. Hasta en los países en donde, como en Francia y en Alemania, se había tenido relativamente lugar y tranquilidad para conservar las instituciones eclesiásticas, todos los lazos sólidos habían continuado en defecto, de modo que todas las parroquias andaban sueltas y confundidas; los obispados se habían disminuído y los que subsistían carecían de pastores, tanto que en Alemania en 1814 no había más que cinco obispos; los capítulos andaban también confundidos; curatos innumerables carecían de curas ó estos vivían en una pobreza que daba piedad; las escuelas y los seminarios eclesiásticos habían cesado por completo de existir en muchos países; y los pueblos habían perdido toda disciplina lo mismo que toda fe, de modo que la desolación de los templos parecía haberlo hecho caer todo en ruínas sin esperanza de salvación.»

Todo esto como se comprende no era sino el resultado del escepticismo profundo que reinaba en las clases sociales más ilustradas y en las más elevadas. Lo que había pasado en Europa durante las últimas circunstancias, era en verdad motivo más que suficiente para dudar de todo y desconfiar de todo, y la falta de creencias en religión, como en política, como en moral, no tenían otra base que ese continuo trasiego de las instituciones más venerables.

La aspiración del siglo XVIII de acabar con el romanismo y llegar á las iglesias nacionales que más de una vez pareció realizada durante la Revolución contribuyó también á hacer que se olvidara

á Roma y al Papado, y como no fueron flojos los compromisos de las iglesias nacionales durante la Revolución con sus gobiernos, de aquí que los lazos de obediencia y respecto se fueran aflojando entre Roma y el mundo episcopal, y se viera de un lado el Padre Santo, solo, languideciendo en Savona, mientras los cardenales arrastraban vanidosos sus arrogantes púrpuras por los alcázares napoleónicos.

Además, la caída del papado y del dominio de la Iglesia católica, favorable en extremo para la causa de la tolerancia y de la libertad religiosa, produjo en todas partes corrientes favorables para la libertad de cultos y para la reciprocidad de derechos de todas las confesiones religiosas. Esto había de despertar precisamente en las conciencias católicas ideas nuevas y tendencias á realizar lo que soñaron los hombres ilustrados del siglo XVIII, las iglesias nacionales, y á punto estuvo de que la Iglesia católica nacional se organizase en Alemania, pues Wessenberg, el amigo del cardenal primado de Alemania del obispo de Ratisbona Carlos Dalberg, que sobrevivió á la caída del Imperio, llegó á proponer la reunión en Viena de un concilio de obispos alemanes para formar una sola Iglesia bajo un solo primado. Si á esto se hubiese llegado la creación de ese patriarcado hubiera producido desde luego la separación de la Iglesia alemana católica de la de Roma, pero el administrador de la diócesis de Constanza se determinó demasiado tarde. En 1814 no se podían ya intentar tales reformas.

La jerarquía romana renace al triunfar la Restauración.

«Ya al apuntar la decadencia de la República francesa, se forma esa reacción literaria y religiosa de que hemos hablado, opuesta á todo lo que había enseñado el siglo XVIII. Vióse entonces elevarse con el mayor éxito, en la literatura y en la sociedad, en Francia y en Alemania, á esos hombres que se prometían no sólo salvar la causa de Roma, de la fe y de la superstición, sino hacer triunfar y derribar á los dos enemigos jurados de la jerarquía. Esos defensores de Roma eran sobre todo Chateaubriand, quien, según él mismo decía, había puesto ese freno á la filosofía francesa, lo que Roma no había podido hacer, dándose de Maistre la tarea de destruir la Reforma.»

Pero sus esfuerzos se hubieran estrellado, si los laicos, los liberales no se hubieran dividido en todas partes y anulado con sus recriminaciones, si en vez de echarse la culpa de todo lo que había pasado, reconociendo sus yerros se hubiesen unido para resistir al enemigo de todos.

Recuérdese que cuando reaparece el Papa es cuando Napoleon bambolea ya, de modo que Pío VII reaparece como para anunciar la caída y desaparición del gran déspota, del perturbador del mundo. ¿No era, pues, este el momento favorable de presentar al Papa como el triunfante, ya que antes de que los aliados hubiesen entrado en París, Pío VII recibía en Roma honores casi divinos de los reyes destronados y de los que estaban á punto de serlo, del rey de España y del de Cerdeña, lo mismo que de Murat y de la reina de Etruria?

Los mismos pueblos que le veían reaparecer al desaparecer la dominación francesa, habían de correr

á precipitarse á los piés del hombre que representando la tradición y el pasado, se mostraba triunfando por sí solo, al desaparecer todo lo que se había creado para sustituir las instituciones de ese pasado que tan fieramente se había condenado y que ahora renacía todo de una pieza.

«En este momento, pues, de sobreexcitación moral, parecía que todo el mundo no veía en el Papa más que al príncipe mártir que más había sufrido por Napoleon, y que había soportado sus sufrimientos con esta bondad, esta paciencia y este candor que le habían hecho triunfar algunas veces de la dureza de corazón de su irritado opresor. Parecía, pues,



SMIRKE, pintor inglés

que no se podía recompensar esta dulzura llena de resignación sino triunfando desde entonces de la impía insolencia de sus enemigos, para lo cual se estaba pronto á hacer las concesiones más generosas, sin pensar que no se hacían á un Papa bondadoso, sino á una jerarquía insensible y egoísta.»

Añádese á esto las acusaciones de tantos protestantes distinguidos como creyeron encontrar en el catolicismo el freno regulador de las pasiones de las multitudes, y se verá claro como era lógica y precisa la exaltación papal de aquellos días.

Claro está que desde que Roma se vió triunfante no perdió segundo en reclamar todo lo que se le había quitado y aún algo más. Consalvi pidió desde luego y de una manera exigente no sólo la restitución del patrimonio de San Pedro, lo que á todos hubiera parecido natural y hasta justo, sino que además pidió todos los antiguos territorios que la Iglesia había poseído en Francia, en Nápoles, en las Marcas, que ahora ocupaba Murat, y las legaciones que poseían los austriacos, esto con reserva formal

de los antiguos derechos de la Santa Sede sobre Parma y Florencia en el momento mismo en que se disponía de esas ciudades para formar un reino para la esposa de Napoleon.

Dicho se está que la restauración de la Inquisición fué uno de los primeros actos, sin el menor cambio ni en su constitución, ni en sus procedimientos: una restauración pura y simple de un tribunal condenado á muerte ya por la historia y cuya galvanización lo mismo en Italia que en España no surtió más efecto que el de renovar los antiguos odios anti-religiosos, de modo que la conjuración contra lo que se restauraba principiaba en el momento mismo de su triunfo.

Esta desdichada restauración de la Inquisición, á la que acompañó la de la congregación del *Index*, se ha querido más tarde paliar diciendo que fué una de las necesidades de aquellos momentos, pero que no se tuvo nunca idea de hacer efectivas sus inquisiciones, lo cual no resulta exacto, pues para Roma sabemos que mientras la congregación del *Index*

condenaba en masa todas las obras políticas publicadas durante los últimos veinticinco años, la Inquisición formaba setecientas causas por herejía. Dicho se está también que cuando tantos herejes aparecían no habían de quedarse atrás los santos, y los santos y las imágenes milagrosas volvieron á hacer su aparición por todas partes acompañados de un decreto ó edicto, el de 15 de Agosto de 1815, por el cual se restablecían nada menos que mil ochocientos veinticuatro conventos de hombres y seiscientos doce de mujeres que habían sido suprimidos, de modo que Roma creía que podía de buena fe volver á los años anteriores al 1996.

Claro está que el ejemplo de Roma hubo de ser decisivo para todos los pueblos de Roma. En España, el nuncio Gravina, de quien ya hemos dicho que las Cortes se vieron obligadas á expulsarle de España, apoyado ahora fuertemente por el príncipe Antonio, pidió y obtuvo el restablecimiento de los conventos suprimidos por las Cortes y por los franceses, y por los decretos de 21 y 27 de Mayo se dispuso que se reintegrasen á los conventos los bienes de los mismos que habían sido vendidos sin indemnización de ninguna clase. Digamos ya que tratamos de España y hemos mencionado el restablecimiento de la Inquisición, que este fué un acto



LAWRENCE, pintor inglés

personal del Rey, quien hizo publicar el decreto á espaldas de su primer ministro, refrendándolo Macanay cuyo padre había sido perseguido, preso y desterrado por la Inquisición.

En otras partes la obra de Roma presentó un carácter más grave. Ya hemos hablado de los trabajos de Wessenberg para contrarrestarlos, el nuncio del Papa, Testaferrata, no vaciló en correr tras de un gravísimo conflicto, pues hizo creer á los cantones católicos de Suiza que se crearía un obispado católico suizo general, y de este modo consiguió separar á esos cantones de Constanza, á pesar de todas las protestas de Wessenberg y de las del primado de Ratisbona, á quien se comunicó la orden de suspender de sus funciones al activo y perturbador administrador de la diócesis de Constanza.

Un hombre enérgico y astuto, el cardenal Pacca, había ya convencido al Papa estando aún en Fontainebleau de la necesidad de restaurar la milicia que había de velar por los intereses de la Iglesia, convenciéndole de que la ruína de la Iglesia no ha-

bía sido sino el resultado de estar indefensa delante de sus enemigos, y que esta defensa, de la que en otro tiempo habían estado encargados ora los dominicos, ora los franciscanos, ora los jesuitas, había de encomendarse de nuevo ahora á éstos como lo indicaba el haber principiado por ellos la obra de la Revolución sorprendiendo á la Santa Sede la bula de su supresión.

Los jesuitas, sin embargo, antes de ser públicamente restaurados por el decreto de 7 de Agosto de 1815, habían hecho su aparición en Rusia en 1801, en Sicilia en 1804 en Cerdeña en 1805. Esta restauración no se hizo sin enérgicas protestas, pero no fueron los príncipes los que protestaron, no fueron los laicos los que se declararon amenazados en sus intereses, no fueron Portugal, España y Francia que habían pedido su supresión quienes ahora reclamaban el respeto de los edictos pontificios: los que reclamaron fueron los generales de los dominicos y de los franciscanos, y hasta buen número de cardenales más conservadores todos que Pacca: estos fue-